

lor», la «Constancia» y la «Virtud». Entre las estatuas se levanta un alto obelisco, con esta inscripción en letras de oro: «Dos de Mayo».

En torno del monumento hay un jardín circular, cortado en ocho alas que convergen en el centro; en cada ala crecen muchos cipreses. El jardín está cerrado por una verja de hierro, rodeada de gradas de mármol. Aquel bosque de cipreses, aquel jardín cerrado y solitario en mitad del paseo más alegre de Madrid, es como una imagen de la muerte en medio de las locuras de la vida. No se puede pasar por aquel sitio sin mirarlo, y no se puede mirar sin reflexionar. De noche, cuando la luna lo ilumina con sus reflejos, semeja una aparición fantástica, y á su alrededor se respira una tristeza solemne.

Llega el rey, se reza la misa, los regimientos desfilan, la ceremonia ha terminado. De este modo se celebra desde 1814 el aniversario del 2 de Mayo, con una dignidad, un amor, una veneración, que honra, no sólo al pueblo español, sino también al corazón humano. Es la verdadera fiesta nacional de España, el solo día del año en que se olvidan los rencores políticos y todos los corazones se unen en un sentimiento común. Y en este sentimiento no hay, como se puede creer, mezcla de odio alguno hacia Francia. España ha hecho responsables de la guerra y de las matanzas á Napoleón y á Murat; los franceses son acogidos con cariño, como todos los demás extranjeros. Sólo se habla de las infaustas jornadas de Mayo para honrar á los muertos y á la patria; todo en esta ceremonia es noble y grande, y ante aquel monumento sagrado, España sólo tiene palabras de paz y de perdón.

*

Hay otra cosa en Madrid digna de verse: las riñas de gallos.

Leí un día el siguiente anuncio en «La Correspondencia»:

«En la función que se celebrará mañana en el circo de gallos de Recoletos, habrá entre otras, dos peleas, en las que figuran gallos de los conocidos aficionados Francisco Calderón, y don José Díez, por lo que se espera será muy animada la diversión.

El espectáculo empezaba á las doce, allá me fui. Llamóme la atención la gracia y la originalidad del teatro.

Diríase que es un kiosco con jardín, pero caben en él cómodamente más de mil personas. La forma del edificio es exactamente cilíndrica. En el centro se eleva un estrado circular, alto de poco más de tres cuartas, cubierto con un paño verde, y rodeado de una balaustrada de la altura de un balcón: es el campo de batalla de los gallos. Entre los barrotes de la balaustrada se extiende una ligera red de alambre para que no puedan salir los luchadores. Alrededor de esta especie de jaula cuyo suelo es ancho como una mesa grande de comer, hay un círculo de divanes y detrás del primero otro un poco más alto; las dos filas tapizadas de un paño encarnado. En muchos asientos de delante se ve escrito con grandes caracteres: «Presidente», «Secretario», y otros títulos de los personajes que componen el tribunal del espectáculo. Después de los divanes se elevan bancos dispuestos en gradas hasta las paredes, en las cuales se abre una galería sostenida por diez ligeras columnas. Recibe la luz del techo.

El vivo encarnado de los divanes, las flores pintadas en los muros, las columnas, la luz, el aspecto, en una palabra, del local, tiene un no sé qué de nuevo y pintoresco, que agrada y alegra. Al primer momento más parece que allí se deba oír una bonita música que presenciar una lucha de animales.

Cuando entré había ya en el circo más de cien personas.

—¿Qué género de gente es esta?—me pregunté,
España—12

Y realmente, el público del circo de gallos no se parece al de ningún teatro: es una mezcla *sui generis*, que sólo se ve en Madrid. Allí no hay mujeres, ni chiquillos, ni soldados, ni obreros, porque es día laborable y la hora intempestiva. Por lo mismo se nota una variedad de aspectos, de trajes y de actitudes más marcada que en otra cualquiera reunión popular.

Las gentes que allá van, son gentes que nada tienen que hacer en todo el día: cómicos de cabello largo y mugriento sombrero; «toreros» (Calderón, el famoso picador estaba allí); estudiantes, en cuyas caras se notan las huellas de una noche pasada alrededor del tapete verde; negociantes de gallos, jóvenes elegantes, viejos *messieurs* aficionados, vestidos de negro, con guantes negros y una gran corbata. Estos están siempre junto á la jaula. Más lejos, *rari nantes*, algún inglés, algún tonto, de esos que se ven por todas partes, los empleados del circo, una mujer equívoca y un guardia civil. Excepto los extranjeros y el guardia, los demás, *messieurs*, toreros, cómicos, se conocen todos y hablan entre sí de las cualidades de los gallos que figuran en el programa, de los que salieron el día antes, de los accidentes de la lucha, de las patas, de las plumas, de los espolones, de las alas, de los picos, de las heridas, acabando con la rica terminología de su arte, y citando reglas, ejemplos, gallos de riñas anteriores, luchas, victorias y derrotas famosas.

La función empieza á la hora señalada. Un hombre se presenta en el circo con un papel en la mano y comienza á leer; todo el mundo se calla. Da lectura de una serie de nombres que indican el peso de los gallos que van á luchar, porque es de saber que los gallos no pueden pesar más de lo que señala el código del arte. Las conversaciones se reanudan para cesar de repente al poco rato. Otro hombre se adelanta cargado con dos cajas: abre una puerta de la balaustrada, sube al estrado y pone las cajas en los platos de una balanza que pende del techo. Dos testigos aseguran

que las cajas tienen igual peso; todo el mundo se sienta; el presidente se va á su sitio, el secretario grita: «¡Silencio!» el pesador y otro empleado toman cada uno una caja, y llevándolas á las dos aberturas opuestas de la barrera, las abren á un mismo tiempo. Salen los gallos, se cierran las puertas y los espectadores guardan por algunos instantes un profundo silencio.

Eran dos «gallos andaluces de raza inglesa», sirviéndome de la extraña definición que me dió un espectador; altos, flacos, tiesos como dos husos, con un largo cuello, completamente desplumados de las partes posteriores y del pecho para arriba; sin cresta, la cabeza pequeña y con un par de ojos que revelaban su espíritu guerrero. Los espectadores los estudian atentamente sin decir una palabra.

Los «aficionados», en estos cortos instantes, juzgan por el color, la forma y los movimientos de los dos animales, cuál es el probable vencedor; después se cruzan las apuestas. Es, como se comprende fácilmente, un juicio muy incierto; pero precisamente esta misma incertidumbre da vida al juego. De repente una explosión de gritos interrumpe el silencio.

—«¡Un duro por el derecho!—¡Un duro por el izquierdo!—¡Tres duros por el negro!—¡Cuatro duros por el pardo!—¡Una onza por el chico!—¡Va!—¡Va por el negro!—¡Va por el pardo!»

Todos gritan, agitan las manos, se señalan unos á otros con los bastones y las apuestas se cruzan en todos sentidos; en pocos momentos se han cruzado más de mil pesetas.

Los dos gallos, al principio no se miran. Uno se vuelve de un lado, otro de otro, cantan y alargan el cuello hacia los espectadores como preguntándoles:—«¿Qué queréis?» Poco á poco, como si no se hubiesen visto, se van mutuamente acercando; diríase que cada uno quiere coger al otro de sorpresa. De repente, con la rapidez del rayo, dan un salto abriendo las alas, se encuentran en el aire y caen esparciendo en torno una

nube de plumas. Después del primer choque se quedan plantados el uno enfrente del otro, casi tocándose los picos, como si quisieran arrojarse veneno por los ojos. Luego se lanzan de nuevo uno contra otro con gran violencia, y desde aquel momento se suceden los asaltos sin interrupción. Se hieren con las patas, con los espolones, con el pico, se oprimen con las alas, de modo tal que parecen un solo gallo con dos cabezas; se suben el uno sobre el vientre del otro, se tiran contra las barras de la balaustrada, se persiguen, caen, voltean; poco á poco los golpes son más frecuentes, las plumas de la cabeza vuelan á lo lejos, los cuellos se enrojecen y corre la sangre. Se pican en la cabeza, alrededor de los ojos, en los ojos mismos, y se desuellan con la ira de dos furiosos que temen verse separados. Diríase que saben que uno de los dos ha de morir. No sueltan un grito, ni un gemido; no se oye más que el ruido de las alas al agitarse, plumas que se rompen, picos que se clavan en el hueso. Y ni un instante de tregua; es una rabia que no cesará hasta la muerte.

Los espectadores siguen con mirada atenta todos sus movimientos, cuentan las plumas arrancadas, las heridas y el murmullo de las voces aumentan siempre y las apuestas también.—«¡Cinco duros por el chico!—¡Ocho duros por el pardo!—¡Veinte duros por el negro!—¡Va!—¡Va!»

Pero llega el momento en que uno de los dos gallos hace un movimiento que revela la inferioridad de sus fuerzas y empieza á dar señales de fatiga. Aunque resiste todavía, sus picotazos son menos frecuentes, sus espilonazos más raros, sus saltos menos elevados; diríase que va comprendiendo que se halla en peligro de muerte. Ya no lucha por matar, sino por ser muerto; retrocede, huye, cae, se levanta, vuelve á caer y vacila, cual si le faltara la cabeza. Entonces el espectador lo empieza á ser horrible. Ante el enemigo que cede, el vencedor se vuelve feroz; sus picotazos son más fuertes, llenos de rabia, implacables, di-

rigidos á los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alza y se baja como si lo moviera un resorte; su pico busca la carne y se recrea arrancándola á pedazos y destrozándola; después profundiza en la herida y se afana y lucha, cual si buscara fibras rotas; luego pica con pertinaz insistencia en la cabeza, como si quisiera abrir el cráneo y sacar los sesos. No hay palabras que puedan expresar el horror de esos picotazos continuos, infatigables, inexorables. El vencido se afana, se escapa, corre de aquí para allá en su cárcel y el otro detrás de él y sobre él, inseparable como su sombra, la cabeza inclinada sobre la del fugitivo, lo mismo que un confesor, siempre picando, ensañándose y destrozando. Hay algo del asesino, del verdugo en aquella insistencia; tiene el aire de hablar al oído de su víctima, y diríase que acompaña cada golpe de un insulto. «¡Toma! ¡sufre! ¡muere!—¡Todavía no! ¡Toma ese golpe! ¡y ese! ¡y otro más!» Un poco de esa rabia sangüinaria se insinúa en vuestras venas; esa cobarde crueldad os inspira deseos de venganza; quisierais ahogarle entre vuestras manos, aplastarle la cabeza con los pies. El gallo vencido, lleno de sangre, sin plumas; vacilante, intenta de vez en cuando algún ataque, dá algún picotazo, huye, y se esconde entre los barrotes de la balaustrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan cada vez más fuerte. Ya no pueden apostar sobre la lucha, pero apuestan sobre la agonía.

—«¡Cinco duros á que no tira tres veces!—¡Tres duros á que no tira cinco!—¡Va!—¡Va!»

En aquel momento oí unas palabras que me hicieron temblar: «¡Es ciego!»

Me acerqué á la barrera, miré al vencido y volví en seguida la cabeza con horror. No tenía piel, ni ojos, su cuello no era más que un hueso sangriento; su cabeza no era más que un cráneo; sus alas reducidas á tres ó cuatro plumas, semejaban dos andrajos; parecía imposible que pudie-

ra aún vivir y aminor, pues no tenía forma de gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía aún, se batía en las tinieblas, sacudía sus alas destrozadas, alargaba su cuello hecho jirones, agitaba su cráneo al azar, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Estaba sangriento y horrible; entorné los ojos para verlo confusamente. Y el verdugo seguía picoteando las llagas, ahondando en las vacías órbitas de los ojos, picando el desnudo cráneo. Aquello no era una lucha; le roía y se hubiera dicho que le quería despedazar sin matarlo. Alguna vez, cuando la víctima quedaba inmóvil, se bajaba para contemplarla con la atención de un anatomista; á veces se hacía un paso atrás y la miraba con la indiferencia de un sepulturero; pero luego volvía, ávido como un vampiro, á picotear, herir, destrozarse, con más fuerza y vigor que la primera vez. Por último el moribundo, parándose de repente, deja caer la cabeza sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño, y el verdugo, mirándole atentamente, también se para.

Entonces redóblanse los gritos: ya no puede apostarse sobre las convulsiones de la agonía, pero se apuesta sobre los síntomas de la muerte. «¡Cinco duros á que no levanta más la cabeza!—¡Dos duros á que la levanta!—¡Tres duros á que la levanta dos veces!—¡Va!—¡Va!»

El gallo moribundo levanta lentamente la cabeza; el verdugo descarga rápidamente sobre él una tempestad de picotazos: los gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo todavía un ligero movimiento: nuevos picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló y cayó por último. El vencedor, como un cobarde, se echó á cantar. Salió un empleado y se llevó al vencedor y al vencido.

Todos los espectadores se levantaron y empezó entonces una acalorada conversación. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo, blasfeman: unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha: «¡Buena pelea!—¡Buenos gallos!—¡Gallos ma-

los!—¡No valen nada!—¡No lo entiende usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!»

—«¡Sentarse, caballeros!» —gritó el presidente. Todos se sentaron, y empezó otra lucha.

Eché una mirada al campo de batalla y salí del circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído, antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarle, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada. Todavía hoy, después del largo espacio de tiempo transcurrido, cada vez que me acuerdo de semejante espectáculo, vuelvo la cabeza involuntariamente como huyendo de la horrible vista del gallo moribundo; y nunca pongo la mano en una balaustrada sin que baje la vista con la idea de ver el suelo sembrado de plumas y ensangrentado. Si vais á España, seguid mi consejo: *State contente, umane genti, ai tori* (1).

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Antes de partir para Andalucía, visité el famoso Monasterio del Escorial, el *Léviathan* de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, la masa más grandiosa de granito que hay sobre la tierra, y si queréis epítetos más expresivos, imaginadlos, que no encontraréis ninguno que no se le haya aplicado.

Salié de Madrid por la mañana. El pueblo del Escorial, que da nombre al monasterio, se halla á ocho leguas de la villa, á poca distancia del Guadarrama. El camino atraviesa un campo árido y,

(1) Contentaos con los toros.